

LA FIESTA DE MANUELO

Por *Bernadine Beatie*

ERA la época del gran desfile anual, la fiesta más alegre que se celebra en la isla de Trinidad. Durante toda la semana Manuelo y su amigo Juan habían acudido temprano a la escuela para decorar la carroza que formaría parte del desfile que iba a realizarse al día siguiente en el parque.

Esa mañana Manuelo silbaba suavemente mientras tensaba las cuerdas que sostenían en su lugar la vela blanca del barco.

-¿Cierto que estás feliz, Manuelo? -dijo, riendo, Juan, y tomó el extremo de la soga que aquél le arrojó.

-¡Claro que sí! -admitió Manuelo-. Es la época del desfile y tengo muchas razones por sentirme feliz.

¿TÚ crees que me ganarás en la elección de esta tarde? -preguntó en broma Juan.

Manuelo se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? -dijo y entre-cerró los ojos pensando en que, tal vez, cuando los votos se contaran, Juan se llevaría una sorpresa.

Esa tarde cada clase elegiría a uno de sus compañeros para conducir la carroza. Juan era popular y sus notas eran las más altas de la clase. Todos decían que él merecía el honor; todos ... menos Manuelo. El quería ese honor para sí. La noche anterior había visitado los hogares de sus compañeros. Les había hecho mil promesas para persuadirlos a que votaran por él y no por Juan.

"Podrás darte un largo paseo en mi burrito", le había prometido a Cornelio, quien, en muchas oportunidades, le había suplicado que le dejara dar aunque más no fuera una vueltecita.

Había usado todo el dinero que le quedaba del que había ganado vendiendo cestas a los turistas, para comprar regalos a cambio de votos. Manuelo sonrió pensando que había valido la pena hacerlo. Qué orgulloso se sentiría andando de pie en la carroza. Estaría vestido como uno de los exploradores que llegaron a la isla hacía muchos años. Todos lo mirarían con admiración, y dirían: "¡Miren! ¡Ese es Manuelo!"

Al ver que Juan le sonreía, Manuelo trató de acallar un pequeño remordimiento que sentía. Procuró convencerse de que no estaba haciendo nada que realmente perjudicara a Juan. Además éste nunca se enteraría de nada.

Esa tarde el aula de clase estaba muy silenciosa cuando la señorita Robinson, la maestra del grado, pasó papelitos para que se hiciera la votación.

-El acto de votar es un privilegio -declaró la Srta. Robinson con una expresión severa en el rostro al par que miraba directamente a Manuelo. Es un privilegio que ustedes deben respetar. Recuerden ese hecho al votar.

Manuelo sintió que le ardía la cara. Inmediatamente se dio cuenta de que la Srta. Robinson sabía todo lo que él había hecho. 'Con todo, ella no puede hacer nada', se dijo. Manuelo quedó muy quieto en su asiento mientras se recogían y contaban los votos.

La Srta. Robinson empujó su silla hacia atrás.

-Manuelo tiene el mayor número de votos -anunció ella.

Manuelo sonrió. Miró triunfante a la clase. Pero nadie lo miró en los ojos, ni tampoco aplaudió, ni dio vivas, como generalmente se hacía en una elección. Todos permanecieron cabizbajos, como avergonzados. Sólo Juan sonreía. A Manuelo se le oprimió el corazón. Esa no era la clase de victoria con la cual había soñado.

-Ven, Manuelo -dijo la Srta. Robinson-. Pasa al frente de la clase y agradéceles a tus compañeros.

Manuelo se puso de pie. Caminó lentamente hacia adelante. Tenía un nudo en la garganta. El regocijo



de la fiesta había desaparecido de los rostros de sus amigos. De pronto Manuelo reconoció que no había sido íntegro. Por otra parte, su proceder había avergonzado a sus compañeros tanto como a sí mismo.

Debía hacer algo para enmendar su falta. Y armándose de valor, se dirigió a la Srta. Robinson.

-Yo no he sido leal -confesó con voz temblorosa-. Juan merecía haber ganado. Traté de comprar los votos haciendo promesas. La expresión del rostro de la Srta. Robinson se suavizó.

-¿Entonces la elección no fue imparcial? -preguntó ella.

Manuelo asintió con un movimiento de cabeza. Se sintió muy miserable. Miró a sus amigos, rojo de vergüenza.

-Siento mucho por lo que hice. Yo...

La Srta. Robinson interrumpió.

-El reconocer un acto falto de integridad no lo remedia, pero es un buen comienzo, un muy buen comienzo. Y también requiere valor, Manuelo. Ahora, vuelve a tu asiento. Votaremos de nuevo.

La votación se hizo rápidamente, y de nuevo se oyó en la sala el murmullo de risas felices. Manuelo aplaudió con los demás cuando la Srta. Robinson anunció que Juan había ganado la elección. Pero tuvo vergüenza de levantar la cabeza.

-¡ Viva Juan! -exclamó una voz cuando Juan se dirigió al frente de la sala.

-Gracias -dijo Juan. Entonces miró directamente a Manuelo-. 'Y gracias a mi valiente amigo Manuelo!

-¡Viva Manuelo! -gritó alguien.

Manuelo apenas podía dar crédito a sus oídos. Su corazón rebosaba de gozo al mirar los rostros sonrientes de sus amigos. Qué sensación de bienestar lo invadió al darse cuenta que sus amigos lo comprendieron y lo perdonaron. Se sintió más grande y más sabio. En ese día había hecho un verdadero aprendizaje.